

Inolvidable; este es su nombre. Tomás Meabe ha pasado—en mí—a la vida de los recuerdos, es decir, a la vida eterna y verdadera. Inolvidable. Y él me mira sonriendo desde su carretera solitaria y velada, por donde se va sin irse, recorrida insistentemente, arriba, abajo, por una perdida golondrina.

No sé qué relación veo entre estas dos palabras. Tomás Meabe, y entre un nicho y ataúd. Parece más muerte su muerte que otras muertes; parece el símbolo de la muerte efectiva, de la muerte moderna, de la muerte decepcionada y sentimental, que muere siendo su muerte...

Levanto los ojos del papel. Y me llevo de su pena al paisaje un entierro solitario, que se esfuma, poco a poco, como un libro no publicado... Y queda sólo el campo de invierno, pequeño, bajo, frío, débil, sin Tomás Meabe ya y sin Golondrina...

### SOLEDAD

LA bruma emblanquece suavemente el primer campo verde; casi borra el segundo, y apenas deja adivinar el último.

Humo amarillento. Frío. Una farola, que el olvido ha dejado encendida en el camino, hace aún como una poquita de noche en su alrededor; y en ese limbo febril del farol que vacila bajo el arbolucho, los gorriones optimistas cantan, entre los brotes nuevos.

Una mujer de negro busca, busca inclinada, por los surcos, y va, poco a poco, esfumándose en la colina.

### JOSE ORTEGA Y GASSET

Lo define la distancia. Cuando la distancia lo define, con la primera mirada honda y las primeras palabras llenas, no queda de él sino su mitad, la frente, o su sobretotalidad, la frente, los ojos y el mentón.

Llegó tramando con la cabeza, pero le hace traición el corazón, fruto noble, que como él lo olvida, no se le ve a primera vista. Pero a poco de estar con él, como en un árbol apaleado de prisa el fruto, se siente su fuerte dulzura y su calor bueno.

Viene buscando a quién llevarse a lo suyo. No viene para, viene por. Necesita amistad comprendedora, y coge a alguien que, no queriendo quedarse dentro del círculo diario que él, como un aro, le echa, le obligue, para cogerlo dentro, a dilatarse.

Se dilata hablando. Ya está hablando. «Antes—me dice—yo también necesitaba, como usted, sentarme para pensar. Ahora pienso por el camino...» Hablando se ha hecho su equilibrio. Y la palabra lo remonta, globo mate, como con alas fuertes y renovadas, a las más bellas y ricas regiones de lo trascendente.

### SOLEDAD

QUIERO, he de hacer esto, y lo otro, y lo otro...

Y ante mí, todo entusiasmo, como si fuera fuego mi sangre, y yo un roble milenario, blanquiro una vez más de aurora, el día verdadero de mi vida se me presenta largo, eterno, sin noche—porque la muerte es nada—, con su bellísima mañana detenida, su mediodía de plenitud constante, su infinita tarde dulce...

¡Mi vida de cada día! ¡Siempre más! Como en esos antedías del día—en un viaje de madrugada, en un temprano desvelo—, cuando nos decimos deleitados: «Hoy haré esto, y lo otro»; y ya es hoy, un hoy azul y rosa en las paredes a oriente, y lo estamos ya gozando, y aún no es hoy...

JUAN RAMON JIMENEZ

(*El Sol*, Madrid, 1.º Diciembre 1919.)

Envío de P. Henríquez Ureña, Madrid.

## ELOGIO DE FRAY LUIS DE LEÓN

A propósito de la edición costarricense de las 32 "Poesías Originales" de Fray Luis de León, la primera que se hace en América y una de las mejores y más fieles ediciones españolas que se hayan hecho, por el esmero de la impresión y la fidelidad del texto.



EL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

(Pacheco. *Libro de retratos*).

QUIÉN me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a Fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, a lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico, labrado por sus manos, se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de Virgilio y del himno de Aristóteles a Hermias, corre

juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoja todo. Así, con piedras de las canteras del Atica, labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Error es creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fray Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda a Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas*, y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la mesa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto a sentir y a vivir todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone el *carro de Dios ligero y reluciente*, y en la vida retirada nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, a la alquería de Pulla o de Sabina, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello, como dijo Platón. El sentido del arte crece y se nutre con el estudio y reproducción de las formas perfectas. A Chénier lo ha expresado con símil felicísimo: el de la esposa lacedemonia, que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nue-